



EL BARCO DE VAPOR

Christine  
Nöstlinger



Historias  
de Franz

7ª EDICIÓN

sm

Historias de Franz

Christine Nöstlinger

Título original: Geschichten vom Franz

© Verlag Friedrich Oetinger, Hamburgo, 1984

© Ediciones S.M., 1986

ISBN: 84-348-1928-7

## Franz sale del atolladero

Franz tiene seis años, pero como es bajito mucha gente piensa que es más pequeño. Que tendrá cuatro años. Tampoco hay mucha gente que crea que Franz es un chico.

Franz va a comprar una manzana y la frutera exclama:

—¡Buenos días, mocita!

Franz va a comprar el periódico y el hombre del quiosco le dice:

—¡Toma las vueltas, señorita!

Todo porque Franz tiene el pelo lleno de rizos rubios, los ojos como la flor del trigo, la boquita de cereza y las mejillas muy sonrosadas. Por eso la mayoría de la gente le ve como a una nena y cree que es una nena.

El papá de Franz también parecía una nena cuando era niño. En cambio, ahora es un señor alto y gordo y a nadie se le ocurre confundirle con una señora.

Muchas veces papá y Franz se ponen a ver fotos viejísimas y papá le dice:

—Mira, mira. Ése que parece una nena, ése soy yo. Y esta foto, ésta es de dos años más tarde y nadie me tomaba ya por una nena. ¡A ti te pasará igual!

Oyéndole, Franz se siente un poco mejor. Pero le sigue dando rabia eso de parecer una nena porque muchos chicos no quieren jugar con él.

Cuando va al parque a jugar al fútbol y quiere ser portero, los chicos gritan:

—¡Fuera! ¡No queremos nenas en el equipo!

Franz dice que no es una nena, pero nadie le cree y todos se ríen de él.

—¡No mientas! ¡Se te nota en la voz! ¡Esa vocecita de flauta es de nena!

Y no es que Franz tenga voz de flauta. Se le pone de flauta cuando se excita. Y se excita muchísimo si los demás le toman por una nena y no le dejan jugar.

Un domingo, Franz miraba por la ventana de la cocina, y en éstas vio a un chico andando por el patio. Uno al que nunca había visto por allí. Un extraño.

El chico daba vueltas por el patio y silbaba. Y daba patadas a una lata. La lata rebotaba en diagonal y el muchacho iba tras ella y seguía dándole patadas.

—Mamá, ¿quién es ese chico que está abajo? —preguntó Franz a su mamá.

Mamá se acercó a la ventana de la cocina y miró al patio.

—Ése debe de ser el sobrino de la señora Berger —dijo—. Habrá venido de visita con su madre y estará aburrido de estar en casa.

Franz lo entendió perfectamente. Él también se aburría mucho cuando iba de visita a casa de su tía.

Franz se metió en los bolsillos del pantalón cuatro canicas, tres chicles, dos ranitas de metal y un pañuelo de papel y le dijo a mamá:

—Oye, ¡que voy al patio!

A mamá le pareció una idea estupenda.

—¡Pero pórtate bien! ¡La parentela de la señora Berger es de lo más tiquismiquis! —le dijo.

Franz no tenía ni idea de lo que era una parentela, ni tampoco sabía qué significaba «tiquismiquis». Pero como andaba con prisas, no se detuvo a pedir aclaraciones sobre aquellas palabras desconocidas.

Antes de salir al patio, Franz fue al sótano para buscar su bicicleta. Era una bicicleta casi nueva. Estaba pintada de rojo y tenía una gran bocina de goma en el manillar. Franz estaba orgulloso de su bicicleta y pensó: «Ese chaval se va a quedar con la boca abierta. ¡Nunca habrá visto una bici igual!».

Franz salió al patio empujando la bici, se montó en ella y se puso a dar vueltas alrededor del chico. Franz daba las vueltas cada vez más cerradas y al mismo tiempo tocaba la bocina.

El chico paró de silbar y le llamó:

—¡Eh, tú! ¿Cómo te llamas?

Franz frenó y bajó de la bici.

—Me llamo Franz —dijo.

El chico se rió.

—¡Una nena no se puede llamar Franz! —dijo.

—Claro que no —dijo Franz—, pero es que yo no soy una nena.

Se le había aflautado un poco la voz. Quien acostumbra a meterse en líos los huele a distancia.

El chico le miraba incrédulo.

—Soy un chico. Palabra de honor. De verdad de la buena —dijo Franz.

—Pues no te creo —contestó el otro, negando con la cabeza.

En ese momento se abrió la puerta y salió Gabi con un cubo de basura. Fue al vertedero y lo vació. Gabi es amiga de Franz. Vive en la casa de al lado. Generalmente le quiere mucho, pero aquel día ni le miró siquiera. Porque Franz había reñido con ella el día anterior. Le había pisado las puntas de los pies y hasta le había escupido. Sólo porque Gabi le había ganado cinco veces seguidas jugando a «un, dos, tres, Carabás».

El chico le hizo una seña.

—¡Oye tú! ¡Ven aquí! —le gritó.

Gabi dejó en el suelo el cubo vacío y fue hacia ellos.

—¿Qué quieres? —le preguntó. A Franz ni le miró.

El chico señaló a Franz.

—Éste dice que es un chico. ¿Es verdad?

Gabi miró a Franz. Al principio enfadadísima; pero luego sonrió, aunque sin dar confianzas. Y dijo:

—¡Qué va! Es Francisca. Está loca. Siempre va diciendo por ahí que es un chico.

Gabi se dio media vuelta, recogió el cubo y se fue a su casa muerta de risa.

—¡Gamberra! —le gritó Franz—. ¡Mentirosa! ¡Mala! —la voz se le había puesto aflautadísima de puro nerviosismo.

—¡Huy! —exclamó el chico—. ¡No debes decir esas cosas! ¡Y menos a una chica!

—¡Ha mentido! —pió Franz—. ¡De verdad! ¡Ha mentido porque habíamos reñido! ¡De rabia!

El chico negó con la cabeza y se llevó el dedo índice a la frente.

—¡Créeme! —pió Franz.

El chico metió las manos en los bolsillos, suspiró y se dio media vuelta.

—¡Eres un poco tonta para mi gusto!

Franz enseñó los puños. Parecía un boxeador. Le miró con ira salvaje.

—¡Si no me crees, te hago pedazos! —pió.

El chico dijo sin volver la cabeza:

—¡Yo no voy por ahí pegándome con niñas pequeñas!

Franz dejó caer los puños de desesperación. Le entraron ganas de llorar.

Se le llenaron los ojos de lágrimas y dos de ellas rodaron por sus sonrosadas mejillas.

El chico se dio la vuelta.

—¡Pero bueno! ¿Por qué las niña tenéis que estar siempre llorando?

Entonces a Franz no se le ocurrió nada mejor que desabrocharse los pantalones y dejarlos caer.

Después se bajó los calzoncillos hasta las rodillas.

—¡Eh, tú, mira! —chilló con una voz que había dejado de ser aflautada—. ¿Me crees ahora?

El chico miró con asombro la parte del cuerpo que Franz había dejado al descubierto. Fue a decir algo pero no pudo.

La señora Berger apareció en el patio a todo correr y cayó sobre Franz como un rayo.

Chillaba:

—¡Cerdo! ¿Es que no te da vergüenza?

La señora Berger le subió los calzoncillos y los pantalones, le agarró por el cuello de la camisa, le condujo dentro de la casa y lo arrastró escaleras arriba hasta tocar el timbre de la puerta del piso de Franz.

Cuando mamá abrió, la señora Berger tronó:

—¡No le vuelva a dejar bajar al patio! ¡Es un cerdo que va por ahí corrompiendo a los niños decentes!

Entonces la señora Berger soltó el cuello de la camisa de Franz; Franz se vio catapultado al recibidor y acto seguido la mujer se marchó con paso marcial.

Desde entonces la señora Berger no le ha vuelto a mirar a la cara. Y aunque Franz la salude cortésmente, no le devuelve el saludo.

Franz se quejó a su madre y ella le contestó:

—¡Pues claro, Franz! Ya te dije que la parentela de la señora Berger era muy tiquismiquis.

Franz empieza a intuir algo tras las desconocidas palabras: seguramente las parentelas tiquismiquis no son partidarias de que las verdades salgan a la luz.

## Franz se pierde

Franz tiene un hermano: José. José le dobla la edad. Es grande y fuerte. Tiene el pelo como la estopa, las orejas como las asas de un jarrón, calza un cuarenta y sus manos son dos paletas de ping-pong. A José nadie le ha tomado nunca por una nena. Franz le quiere mucho. Muchísimo.

A veces, cuando le preguntan: «¿A quién quieres más en el mundo?», Franz contesta: «¡A José!». Y sólo al cabo de un rato añade: «Y a mamá, a papá y a la abuela, también».

Cuando José habla de la gente que quiere, no menciona nunca a Franz ni tampoco le llama por su nombre. Le llama enano, memo o tontorrón. Y eso, a Franz, le da mucha tristeza.

Un día Franz se puso malo. Le dolía la tripa y le temblaban las rodillas. No podía ir a la guardería, así que mamá pidió permiso en la oficina y se quedó en casa para cuidarle.

Mamá le hacía papillas y le contaba cuentos. Y le llevaba al servicio lo menos diez veces al día, porque Franz casi no podía andar con aquellas rodillas temblequeantes.

Al cabo de una semana Franz se curó. Sin embargo, aún le temblaban las rodillas.

—Franz, mañana tengo que volver a la oficina —dijo mamá—. No me dan más días libres.

—Entonces volveré a la guardería —dijo Franz.

—Todavía no, estás demasiado débil —contestó mamá.

—¡Pues solo no me quedo! —dijo Franz.

—Mañana José no tiene colegio —dijo mamá—. Él te cuidará.

Franz se alegró con todo su corazón.

José estaba de un humor insoportable por tener que cuidar de Franz en su día libre. Le gritó:

—¡Tontorrón! ¡Por tu culpa no voy a poder ir a patinar sobre hielo!

Tampoco fue capaz de calentarle la papilla, ni de darle una sola taza de té.

Lo único que hizo fue decirle:

—¡Métete en la cama, enano!

Franz gritó:

—¡Ha dicho mamá que no hace falta que me meta en la cama!

—¡Pues haz lo que quieras, pero déjame en paz! ¡Memo! —dijo José.

—¡Pues mamá ha dicho que no te deje en paz!

Entonces José se metió en su cuarto y cerró la puerta de un portazo. Franz la volvió a abrir. Un zapato pasó silbando junto a su cabeza. Franz, muy triste, regresó a su cuarto.

Cogió las piezas de sus construcciones, se puso a hacer una casa de cuatro habitaciones y lloró un poquito.

Cuando estaba terminando la casa, llamaron al timbre. Franz corrió a la puerta. Era Otto, un amigo de José. Llevaba los patines colgados del hombro y dijo:

—Me voy a patinar con José.

—Pues José me tiene que cuidar —dijo Franz.

Otto fue al cuarto de José. José estaba tumbado en la cama mirando al techo.

—¿De verdad que no puedes venir? —preguntó Otto.

José señaló a Franz.

—¡Por su culpa! ¡Por culpa del tontorrón! No puede quedarse solo. Es un miedica el enano ese.

—¡Pues llévale a casa de alguna vecina! —dijo Otto.

José dijo que todas las vecinas trabajaban fuera de casa.

—Bueno, pues nos lo llevamos a patinar —dijo Otto.

José reflexionó unos momentos y luego le hizo un gesto a Franz.

—¡Vale! ¡Pero vístete! ¡Y con ropa de abrigo!

Franz se puso contentísimo. José nunca le había llevado a patinar. En realidad, José nunca le había llevado a ninguna parte.

Franz se puso dos jerséis y un plumífero, se encasquetó un gorro de lana rojo en la cabeza y se echó las botas de pati-

nar al hombro.

Franz siguió a José y a Otto hasta la parada.

Sudaba. No hacía tanto frío como para llevar dos jerséis.

No esperaron mucho. El tranvía llegó enseguida.

Había cantidad de gente que empujaba a Franz lejos de José. Alguien le metió una maleta por la tripa y Franz se puso medio malo. Le entrechocaban las rodillas otra vez. Y no perdió el equilibrio porque no había sitio.

El tranvía se paró en una parada. Alrededor de Franz la gente decía:

—¡Dejen libre la salida! ¡Dejen bajar!

La gente se arremolinaba junto a la puerta y arrastraba a Franz. Se le resbaló el gorro y se agachó para recogerlo. Alguien le empujó violentamente por detrás y Franz tropezó. Tropezó en la puerta de salida, bajó los peldaños y se encontró en la calle. La puerta se cerró tras él y el tranvía reemprendió su marcha. Una señora le agarró por el brazo y le sacó de las vías.

—¡Atención, chiquilla, que te van a atropellar! —dijo, y se marchó a toda velocidad.

Franz se apoyó en el poste de la parada. Pensó: José ya se dará cuenta de que esta manada de burros me ha empujado fuera del tranvía. Cuando llegue a la próxima parada, bajaré por mí.

Franz estuvo largo rato en la parada. Sudaba bajo los dos jerséis y el plumífero y, sin embargo, sin el gorro tenía frío en las orejas. Entonces pensó:

—Iré a buscar a José. No tengo más que seguir las vías.

Franz llegó enseguida a una parada. Como José no estaba, pensó:

—Bueno, a lo peor no ha notado todavía mi falta. Habrá seguido hasta la próxima parada.

Franz siguió otra vez las vías hasta llegar a un cruce. Cuando el semáforo se puso en verde, pasó la calle. Pero como iba muy deprisa, no se dio cuenta de que en medio del cruce había una bifurcación y las vías del tranvía se separaban en diferentes direcciones. Las vías que Franz siguió no eran las que le hubieran llevado en la dirección adecuada. Franz siguió las vías equivocadas, que eran las de la otra línea del tranvía.

Franz siguió andando por las vías hasta que se acabaron. Había una placita con un quiosco de esos donde se compran perritos calientes y coca-cola. En el quiosco había un señor. Franz se le acercó.

—¿Por qué acaban aquí las vías? —preguntó.

—Porque ésta es la última parada —dijo el señor.

—¿Y dónde queda la pista de hielo? —preguntó Franz.

—Aquí no hay pistas de hielo.

Entonces Franz se echó a llorar. Sollozaba con tanto ímpetu que no podía articular ni una palabra. Ni con voz normal, ni con voz de pito. El señor del quiosco sacó la cabeza por la ventanilla.

—¡Pero bueno, chaval —dijo—, no llores! Dime qué es lo que te pasa, porque si no no podré ayudarte, chaval.

Franz paró de llorar. Aún estaba aturdido, pero el señor del quiosco le había llamado «chaval» y un señor que no le tomara por una nena era digno de toda su confianza. Así que le explicó lo que le había pasado.

—Por lo menos sabrás dónde vives, ¿no? —preguntó el señor del quiosco.

—¡No soy un bebé —respondió Franz—, claro que lo sé! Calle Hasen número cuatro, segundo piso, puerta doce. Ahí vivo.

—¡Ah, qué coincidencia! —dijo el señor del quiosco—. Yo vivo en el mercado. Justo en la esquina de tu calle —y luego el señor añadió que el tiempo era una porquería, que ni un alma compraba perritos calientes ni coca-colas y que un día así no tenía nada de divertido.

—¡Basta por hoy! —dijo—. Cierro y me voy a casa. Y te llevo a la tuya. Me viene de paso.

A Franz se le quitó un peso de encima.

El señor metió las botellas de coca-cola y las salchichas en la nevera, apagó la calefacción, se puso el abrigo y colocó la reja en la ventanilla del quiosco.

—Para que nadie me robe las salchichas —dijo.

En el mismo instante en que iba a cerrar, llegó una señora.

—Necesito ocho cervezas y dieciséis salchichas —dijo la señora.

—¡La tienda está cerrada! —contestó el señor del quiosco.

—Es que tengo la casa llena de albañiles —gimió la señora— y el supermercado cierra a las cuatro. Y los albañiles